

**LAS CONTRADICCIONES DE LA TEMPORALIDAD POST-MODERNA, A LA LUZ
DE LA NUEVA PANDEMIA DEL CORONAVIRUS**

***AS CONTRADIÇÕES DA TEMPORALIDADE PÓS-MODERNA, À LUZ DA
PANDEMIA DO NOVO CORONAVÍRUS***

***THE CONTRADICTIONS OF POST-MODERN TEMPORALITY IN THE LIGHT OF
THE NEW CORONAVIRUS PANDEMIC***

Eduardo DUQUE¹
José Francisco DURÁN VÁZQUEZ²

RESUMEN: En este artículo se reflexiona sobre el modo en que habitamos una época de creciente complejidad, que semejaba haber superado todos los problemas, dada la seguridad y la confianza que parecían conferirnos los procesos científicos y tecnológicos. No obstante, cuando estos procesos, como ocurre ahora en la pandemia de Coronavirus, muestran su fragilidad, revelan, como nunca anteriormente, sus debilidades. Debilidades que son la consecuencia de depositar todo el valor objetivo en dichos procesos, creyendo que en ellos estaba la capacidad de redimirnos de todos nuestros males. Haber perseguido la innovación y el éxito a toda costa, sin demasiados principios éticos, ni respeto por la naturaleza y por nuestros congéneres; sin tener en cuenta el pasado ni anclarse en el futuro, ha reducido la estabilidad y la seguridad estructural de las sociedades y de los individuos que las integran.

PALABRAS CLAVE: Tiempo. Temporalidades. Cambio social. Pandemia. COVID-19.

RESUMO: Neste artigo reflete-se sobre o quanto vivemos numa época de crescente complexidade, que parecia já ter superado todos os problemas, dada a segurança que a confiança nos processos científicos e tecnológicos parecia ter-nos devolvido. Mas quando estes processos, como agora acontece na pandemia de Coronavírus, mostram a sua fragilidade, eles revelam-nos, como nunca tinha acontecido, as suas debilidades. Fraquezas essas que resultam de depositar todo o valor objetivo nesses processos, acreditando que neles estava a capacidade de nos redimir de todos os nossos males. O correr atrás da inovação e do sucesso a todo o custo, sem ética, sem respeito pela natureza e pelos outros, sem consideração pelo passado e sem nele ancorar o futuro, reduz a estabilidade e a segurança estrutural das sociedades e dos indivíduos que as compõem.

PALAVRAS-CHAVE: Tempo. Temporalidades. Mudança social. Pandemia. COVID-19.

¹ Universidad Católica Portuguesa (UCP), Braga – Portugal. Profesor de la Facultad de Filosofía y Ciencias Sociales. Miembro integrado del Centro de Estudios de Comunicación y Sociedad de la Universidad de Minho (UM). Doctorado en Sociología (UCM) – España. ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-4719-3148>. E-mail: eduardoduque@ucp.pt

² Universidad de Vigo (UVIGO), Vigo – España. Profesor de Sociología. Doctor en Sociología. ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-7440-0168>. E-mail: joseduran@uvigo.es

ABSTRACT: *This article reflects on how much we live in a time of increasing complexity, which seemed to have already overcome all problems, given the security that confidence in scientific and technological processes seemed to have returned to us. But when these processes, as now happens in the Coronavirus pandemic, show their weakness, they reveal, as never before, their weaknesses. These are the weaknesses that result from depositing all the objective value in these processes, believing that in them was the capacity to redeem us from all our ills. Running after innovation and success at all costs, without ethics, without respect for nature and for others, without regard for the past and without anchoring the future in it, reduces the stability and structural security of the societies and individuals that compose them.*

KEYWORDS: *Time. Temporalities. Social change. Pandemic. COVID-19.*

Sin tiempo, el cambio social sería inconcebible

El ser humano a lo largo de la historia siempre ha querido comprender el tiempo, para prever el futuro (BOURDIEU, 1998). Para ello, las sociedades tradicionales utilizaron oráculos y profecías. El hombre moderno impuso, sin embargo, un conocimiento metódico, basado en la razón científica, recurriendo a menudo a la planificación y a la prospectiva. No obstante, el futuro se resiste a previsiones fáciles y dóciles, por razones de tipo estructural relacionadas con la propia naturaleza de la sociedad (RAMOS, 2007).

Sin embargo, el dinamismo de la modernidad necesita y quiere conocer el futuro. Quienes se limitan a lo que está sucediendo ni siquiera comprenden lo que está sucediendo. La imaginación ha reemplazado gran parte del espacio dado a la observación (ROUANET, 2012). El futuro se ha convertido en un tiempo enigmático, debido a la complejidad del mundo, opaco e insondable, centrado en la innovación y entretejido en una red de interdependencias.

Ahora bien, la previsión y la anticipación pueden estar lejos de las capacidades humanas, por lo que siempre está la amenaza de tener que lidiar con la incertidumbre. De ahí que el ser humano siempre se haya dotado de instrumentos (medios) para predecir el futuro. No obstante, las sociedades modernas tienen que vérselas con la innovación y la imprevisibilidad que ellas mismas han fomentado, lo que dificulta disponer de ciertas certezas, y por tanto de seguridad y confianza.

El esquema tradicional y arcaico, basado en concepciones de transformaciones rituales de ciclos en círculos y modelos originales, neutraliza el carácter de un futuro abierto, al ser éste concebido como una continuación del presente (ELCHARDUS; SMITS, 2006). Aquí impera el reino del destino, ya escrito (ELIAS, 1989; HUBERT, 1992; SUE, 1995).

El alma razonable- escribe Marco Aurélio en sus Meditaciones- viaja por el mundo y por el vacío que la rodea; examina su configuración; su visión se

extiende a la eternidad; abraza y aprecia la renovación periódica del universo; cree que los que vendrán después de nosotros no verán nada nuevo, como los que vinieron antes que nosotros no han visto nada más allá de lo que vemos ahora, y que un hombre que vivió cuarenta años, por poco que haya comprendido, ha visto poco más o menos cuanto le ha precedido y lo que le seguirá, pues todo continúa uniformemente (MARCO AURÉLIO, 2004, Livro XI).

Desde esta perspectiva, es el pasado de la tradición el que orienta y da sentido a la vida, aportando seguridad en el presente y en el futuro, percibidos en relación con un pasado ya conocido. “Sólo tiene la medida quien posee la tradición”, escribió el poeta griego Teognis (JAEGER, 1996, p. 191). Una medida que da profundidad al tiempo. La antigua Roma - ab urbe condita – quería vincularse precisamente con un tiempo fundacional, con un principio que desplegaba el sentido de la historia, proyectándola en el presente y en el futuro (REVAULT D’ALLONNES, 2008, p. 73).

Las profecías, las adivinaciones, las predicciones, los oráculos y los visionarios, todos ellos trataban de otorgar confianza, adivinando más allá del presente. El futuro estaba latente y el esfuerzo se encaminaba a descubrirlo, a adivinar, en el sentido de alterar un destino que no podía evitarse.

Contrariamente a esta temporalidad, la contemporánea reivindica otra forma de hacer y de construir el futuro. Se rebela contra la fatalidad de un destino inexorable y sin capacidad para intervenir en él. Quiere construir un futuro humanamente configurable y abierto a la intervención individual de cada sujeto (BAUMAN, 2000; SENNETT, 2007). Observar el futuro con este horizonte posibilita entonces la perspectiva, la previsión científica, la planificación política y económica. El futuro puede ser así esquematizado, proyectado, planificado, gestionado y regulado. Los expertos observan de este modo el presente para producir el futuro deseado.

En el mundo moderno, mecanicista y lineal, de causas y efectos, la capacidad de proyectar el futuro se elevó a poderosa metáfora para prever los procesos sociales y organizativos, y también las realidades físicas (KOSELLECK, 1993; NOWOTNY, 1994). Esta metáfora se convirtió en un hecho cotidiano y palpable para la mayoría de la población, cuando el desarrollo de la sociedad del trabajo, primero, y más tarde la del consumo, abrieron a las nuevas clases medias una posibilidad inédita de realización personal (Pomian, 1984; Bury, 2009).

Hoy en día se entiende el futuro como una compleja cadena de eventos con distintos significados, sin apenas posibilidad de poder prever que será lo más probable o verosímil. En efecto, no siendo ya el futuro una repetición del presente (Luhmann, 1996), sino algo

desconocido, fundado en la innovación, la apertura al futuro significa inevitablemente un proyecto vacilante. Si se conociese el mañana, sería un presente continuo y no un futuro, como si el presente extendiese su horizonte hasta tal punto que permitiese vislumbrar el futuro como un presente inminente (NOWOTNY, 1994). Pero siendo el futuro, como decíamos, vacilante, el campo de proyección de esperanzas y de temores se hace cada vez mayor. La prospectiva social aparece así plagada de referencias positivas y de esperanzas, pero también de signos negativos que provocan temor y desesperanza (INNERARITY, 2011).

De la toma de decisiones a la elaboración de significados

El individuo contemporáneo está sobrecargado de decisiones, lo que le causa pánico y comportamientos irracionales. Cuando esto ocurre ya no existe la distancia necesaria para tomar buenas decisiones, ya que la persona pierde sus bases de estabilidad y, naturalmente, se vuelve desorientada e insegura, perdiendo el sentido de sus acciones y, en último término, el sentido de su vida (GIDDENS, 1991).

Los efectos negativos de una sociedad en la que se requiere una urgente toma de decisiones, son visibles en la cultura actual, y se manifiesta en la forma de gobernar y también en el funcionamiento de las instituciones. Como señala Innerarity (2011), quien tiene grandes responsabilidades para decidir, tiene que hacerlo muchas veces de forma imprevisible, sin disponer de toda la información o de la comprensión de los fenómenos acerca de los que está decidiendo.

Incluso se podría decir que, dados los costos de decisión y de responsabilidad, sería más apropiado, en ocasiones, tener un menor espectro de opciones que muchas oportunidades. En este último caso, con más oportunidades, aumenta el riesgo, aunque se disponga de una aparente mayor libertad.

La toma de decisiones implica precisamente, la osadía de elegir. Porque, de hecho, a medida que transcurren los días de la pandemia del coronavirus, cuando la sociedad enfrenta grandes riesgos, no hay más opción que actuar, tomando decisiones. Pero toda acción también abre el camino a la esperanza, a qué se puede hacer, y ciertamente se puede hacer algo. Aunque todo ello requiere disponer de la confianza necesaria, que sólo puede surgir del mundo que los seres humanos tenemos en común. Así es como podemos prometer que no volveremos a hacer lo que hicimos, o que lo haremos y continuaremos haciéndolo (ARENDDT, 1998, p. 262). La confianza nace así de nuestra condición temporal y mundana. Nos lleva del presente al pasado,

para negarlo o afirmarlo, y de allí al futuro para decidir si debemos continuar o comenzar de nuevo.

La sociedad moderna ha sido, por regla general, una sociedad optimista, con una apertura a nuevas posibilidades de autoconfiguración. Todo ello incrementa la necesidad de toma de decisiones. Como afirma Innerarity (2011, p. 70), “una sociedad democrática es una sociedad en la que aumenta el ámbito de lo que hay que decidir, pero estas decisiones no son decisiones soberanas, se ejercen en un tejido en el que los políticos dependen, a su vez, de la acción de muchos otros actores”. Quienes toman las decisiones, con la urgencia de la decisión, tienen que ponderar, pues, el motivo de la toma de decisiones según los criterios de racionalidad, complejidad social, configuración temporal y espacial, etc., conscientes de que todos estos criterios son interdependientes y se justifican porque las sociedades contemporáneas están todas interconectadas en una misma red.

En las sociedades tradicionales, por regla general, una determinada toma de decisiones no interfería en las demás, porque casi todos los procesos eran estáticos; pero en sociedades complejas, como las nuestras, unas acciones no están aisladas de las otras, sino que son socialmente interdependientes (ADAM, 2003; 2004; URRY, 2002; VIRILIO, 1997). De ahí que sea necesario disponer de información.

No obstante, el exceso de información, característico de las sociedades funcionalmente diferenciadas, que a menudo es carencia y fake news, en lugar de generar mentes iluminadas, producen ambigüedad e incertidumbre. Es necesario, por ello, estar atento a la información que se recibe para saber gestionarla. Ahora bien, no son los sistemas de información los que provocan una disminución del flujo de información (THOMPSON, 1998); por el contrario, la información es el resultado de un conocimiento maduro que sabe cómo seleccionar dicha información. Podemos decir, de este modo, que estamos en medio de un juego, y que a través de las informaciones que nos llegan, podemos ganar o perder.

Invertir en el presente para visualizar el futuro

Las sociedades complejas están envueltas en un sistema de interdependencias de factores encadenados que, a primera vista, parecen ingobernables, lo que condiciona la cuestión de la responsabilidad, de la que a nadie le gusta rendir cuentas.

En este sentido, es urgente trabajar en la capacidad de leer y de anticipar las consecuencias, de interpretar los signos actuales, para así evitar que se actúe solo cuando la crisis se hacen absolutamente presentes. Cuando esto sucede, las sociedades no están

debidamente preparadas para enfrentar el futuro (RICOTTA, 2006). Para ello se precisa mucha sabiduría, pero también humildad para saber navegar en la complejidad y en la densidad de los acontecimientos.

Los tiempos actuales exigen que construyamos una responsabilidad común. Como dijo Arendt (1973, p. 283) en *Los orígenes del totalitarismo*: “El caso de uno es el caso de todos”. Y esta responsabilidad se deberá más a la iniciativa y a los dones de los que cada uno disponga, que a un proceso normativo.

Por esta misma razón- señala Innerarity (2011) - las crisis financieras o de salud colectiva son un ejemplo de lo difícil que es evitar los prejuicios colectivos o actuar con criterios morales en medio de estos procesos, en un mundo donde todos somos interdependientes, lo que incrementa el número de irresponsabilidades y de acciones que no son fácilmente atribuibles a nadie. Para Innerarity (2011, p. 90):

El problema es cómo crear esa responsabilidad en un momento en que dejó de ser evidente la relación entre mi comportamiento individual y los resultados globales; por ello es urgente elaborar un concepto de responsabilidad que responda a la complejidad social actual, y que se corresponda con nuestras expectativas razonables de lograr un mundo que pueda ser gobernado, y por el cual nos sintamos responsables.

La responsabilidad a la que aquí se apela será, entonces, mucho más amplia. Porque contemplará los efectos no deseados, impredecibles y desconocidos que no pueden ser imputados a los actores sociales. Lo que significa que los límites de imputación tendrán que extenderse más allá del horizonte del saber y de la experiencia; más allá del modelo tradicional de control sobre las formas de acción triviales, para adquirir una responsabilidad vinculada a procesos complejos, con autoorganización e interacciones jerárquicas.

En este mismo sentido, en las sociedades complejas, las que se preparan para dejar entrar el futuro, quienes tengan el poder tendrán que reorientarlo facilitando dinámicas creativas, procesos abiertos y transparentes; tendrán que tener capacidad para poder gestionar riesgos individuales y colectivos, procurando la seguridad como un preciado bien.

Por ello es preciso trabajar en el tiempo presente con la responsabilidad por el futuro. No se puede seguir actuando como si solo hubiera presente; hay que ser más audaces y dar un paso más allá, compartiendo la responsabilidad de hoy con la del día de mañana. Se hace necesario- en palabras de Arendt (1999, p. 106-107) - “establecer en el océano de la inseguridad del futuro islas de seguridad”. Y para ello hay que confiar no sólo en la posibilidad de prometer, con confianza, lo que se pretenda hacer en el futuro, sino que también hay que saber perdonar lo hecho en el pasado. Así, lejos de cortar con el pasado, de lo que se trata es de liberarse de lo

que a él nos ata, posibilitando un nuevo comienzo que permita enfrentar el presente y el futuro con confianza.

De este modo se vivirá el tiempo presente, no como quien está siempre pagando las obligaciones contraídas en el pasado, sino como quien quiere ganar el tiempo futuro. Es necesario asumir, pues, una responsabilidad que anticipe, prevenga y configure respuestas más inteligentes, capaces de responder a futuros desafíos. Esta forma de abordar el presente con la mirada puesta en el futuro, habría que asumirla con la conciencia de la limitación de nuestro propio conocimiento acerca del futuro, evitando el imperio de la arrogancia que muchas veces domina nuestras sociedades.

Desconfianza ante la acción política

La acción política está inmersa en una etapa de grandes limitaciones, ya que la figura del héroe ha prácticamente desaparecido, y los discursos épicos que anuncian las crisis han dejado de atraer a la ciudadanía. En este sentido, nos encontramos ante un presente extasiado de mediocridad, donde los discursos heroicos ya no movilizan, e incluso, por el contrario, se vuelven hacia la indiferencia y el ostracismo.

Ante este escenario, se necesitan nuevos paradigmas que sean capaces de responder a nuevas circunstancias. Paradigmas que movilicen a las personas, que las hagan levantarse por nuevas causas, que les motiven a salir del confort de sus casas. Un confort que muchas veces contribuye a alimentar los egos y el individualismo. Se necesitan por ello políticas que eliminen los acuerdos absolutos, pero que también superen las divergencias absolutas. Es necesario poner en marcha proyectos siempre abiertos a nuevas formulaciones y alternativas; a nuevos saberes, dispuestos a acoger ideas procedentes de todos los ámbitos.

Surge la necesidad, pues, de una revolución copernicana capaz de cambiar profundamente la forma de concebir la política. El marco clásico es cada vez más evidente que ya no otorga respuestas. El gobierno tiene que gobernar y no gobernarse a sí mismo. Tiene que invertir en las personas, mirar más a lo lejos, deshaciéndose de los populismos. Tiene que establecer fuertes lazos con el futuro, que no es ni panificable ni fruto de la adivinación. Se necesitan personas que analicen, que respeten el peso del voto, y que quieran también tender puentes para las próximas generaciones.

El futuro es algo nuevo que viene al encuentro del ser humano. De ahí la necesidad de anticiparlo con corazón abierto y transparente. Se trata de un juego inteligente, lanzado a través de la inteligencia humana, sin adicciones, donde todos los seres humanos juegan en relación

con un resultado final, que es fruto de la complejidad de las interacciones. Un resultado que aún no está determinado, ya que se va determinando día a día.

La forma de operar en política, muchas veces desordenada, sin transparencia y sin verticalidad, está muy lejos de las exigencias de los nuevos tiempos. ¡Es necesario, por tanto, crear un nuevo paradigma social en nuestras sociedades! Se hace necesario, en definitiva, superar el entorno general de crisis en el que se ha instalado la modernidad occidental (ROSA, 2019). Pero también es necesario trascender tanto el diagnóstico de crisis como la respuesta del continuo reformismo innovador (LE GOFF, 2002). Un reformismo que solo repara en la urgencia del momento, en la inmediatez del presente, rompiendo toda conciencia del pasado, sin la cual no puede haber proyecto de presente ni de futuro. Porque, de hecho, sólo desde la perspectiva de lo viejo, lo nuevo puede dar luz a otra vida, precisamente porque “se desprende de todo lo habido” (ZAMBRANO, 1992, p. 14). Solo así podremos salir de la incertidumbre que nos rodea. Como afirma Bauman (2001, p. 170)

La incertidumbre del presente es una poderosa fuerza individualizadora. Divide en lugar de unir, y como no hay forma de decir quién se despertará al día siguiente y en qué situación, la idea de "interés común" se vuelve cada vez más nebulosa y pierde todo valor práctico. (...) Los miedos, ansiedades y angustias actuales están hechos para ser sufridos en soledad. No suman, no se acumulan en una “causa común”, no tienen una dirección específica, ni por supuesto obvia.

La incertidumbre se alimenta, asimismo, de la propia lógica de los sistemas democráticos, que por un lado tienen que tomar decisiones con la celeridad que exige el ritmo acelerado de las sociedades postindustriales, y por el otro favorecen, con sus actuaciones, la misma dinámica. Cualquier sensación de desaceleración en este movimiento se interpreta como un síntoma de crisis, por lo que rápidamente se vuelve a toda velocidad al ritmo frenético y delirante, porque a este ritmo es al que la sociedad contemporánea se ha acostumbrado a solventar sus crisis (HAN, 2016). Precisamente por eso la política y la gestión democráticas están encaminadas a seguir acelerando el ritmo, tal como afirman reiteradamente los líderes políticos. “En la posmodernidad- escribe Harmut Rosa- la posibilidad de dirigir políticamente el desarrollo de la sociedad...se ha vuelto cuestionable: la política ya no aparece como el marcapasos de la sociedad, sino como el cuerpo de bomberos que da un paso atrás tratando de salir del problema” (ROSA, 2019, p. 287-288).

Esta espiral de crecimiento continuo, que se retroalimenta con su propia energía, y que nunca parece satisfecho, se nutre del deseo de superar la situación anterior, que es rápidamente superada por otra nueva, que se anuncia como amenazante. Todo esto genera un enorme

malestar que impulsa nuevamente la misma dinámica, elevada al principio moral de la posmodernidad.

Como nos advirtieron Adorno y Horkheimer (1995, p. 126):

La máquina gira sin salir del lugar. Al mismo tiempo que determina el consumo, descarta lo que aún no fue experimentado porque supone un riesgo. (...) Nada debe permanecer como estaba, todo debe estar en constante movimiento. Puesto que sólo la victoria universal del ritmo de producción y de reproducción mecánica es la garantía de que nada cambiará, de que nada surgirá que no se adapte.

Desencantamiento del mundo

Todas las proyecciones y promesas de la política languidecieron. No obstante, permanece aún la divergencia ideológica, que se manifiesta no tanto en los choques entre la derecha y la izquierda, como entre estas dos posiciones y las más radicales, tanto a la derecha como a la izquierda. Ahora bien, cabe preguntarse, ¿cuál es la razón del surgimiento de estos extremismos? La respuesta podría plantear una nueva pregunta, ¿y qué ha hecho la política por los ciudadanos? La política ha ofrecido un saber escaso, carente de oportunidades y de alternativas; muy concentrado en su ombligo, sin capacidad de leer el futuro y de construir puentes sobre las principales prioridades; no sólo las de hoy, sino también las del futuro. La vida política actual ha sido así muy arrogante, dejando la puerta abierta para que, precisamente, la arrogancia, que es el valor de los extremismos, ganase terreno. Una arrogancia que surge también de la decepción de las poblaciones, que esperan procesos de mejora continua, que en verdad nunca acaban por consumarse. Esto es especialmente visible en tiempos de crisis, cuando aparecen gurús que, para atraer a la población, anuncian que van a terminar con la situación anterior, prometiendo más crecimiento. Un crecimiento que, sin embargo, ya no tiene capacidad para construir el futuro, porque lo único que hace es desgastarlo con la misma lógica de crecimiento (ROSA, 2016; 2019, p. 547). Cuanto más se promete crecer para acabar con el desempleo, más sufren también quienes trabajan, ya que son desarraigados repetidamente de sus contextos de vida (SENNETT, 2001); cuantas más apelaciones se hacen para mejorar los rankings educativos, más profesores y estudiantes se sienten alienados con respecto a la enseñanza y a la educación (DURÁN; DUQUE, 2019); cuanto más se consume, más la vida es consumida, y por eso hay que renovarla una y otra vez por medio de nuevos consumos (GONZÁLEZ-ANLEO, 2014). Cuanto más se habla de conservar el planeta, más se destruye con mayor productividad y con un ritmo de vida que nadie quiere abandonar, ni siquiera los que parecen más sensibilizados con ello. En suma, toda esta lógica de acumulación constante

nos arranca cada vez más de nuestros respectivos mundos de vida, de nuestras seguridades, para someternos a lo único que cuenta, que es el cambio permanente, según el cual todo lo que era cierto hoy dejará de serlo mañana. Esta es la única forma en la que se nos dice que podemos construir nuestras identidades, componiendo y recomponiéndolas una y otra vez, en un proceso continuo de destrucción creativa (BAUMAN, 2009, p. 93; 2010, p. 21). De lo contrario, si no intentamos ser más y más cada día; más capaces de lo que fuimos el día anterior, sabiendo que esta capacidad, lejos de completarse, también se va vaciando cada día, entonces seremos cada día más viejos e inútiles para el mundo.

La vida política de nuestra sociedad carece, pues, de la conciencia de que el presente es frágil y que la incertidumbre tiene que ser gestionada de otra manera, al margen de la lógica de la escalada del crecimiento (ROSA, 2019, p. 517). Y que el futuro no podrá construirse depositando sólo la confianza en la ciencia como una verdad incuestionable, a partir de la cual poder estructurar la sociedad, porque esa confianza necesita apoyarse todavía en otra mayor que ella.

La confianza tecnocrática que se ha depositado en la ciencia para programar de este modo el futuro, se ha revelado como un fracaso, ya que el futuro es complejo y multidimensional, por lo que el conocimiento que sobre él proyectemos siempre será frágil y limitado.

Cuando esta confianza en la ciencia, como ha sucedido con la pandemia de Coronavirus, muestra su fragilidad, es cuando más precisamente se revela la consecuencia de la falta de otras creencias que confieran la necesaria seguridad y confianza, que la ciencia precisamente por sí sola no puede otorgar. Como observó Durkheim (1992, p. 407) respecto a los conceptos científicos, “incluso cuando éstos se construyan teniendo en cuenta todas las reglas de la ciencia ... no alcanzan la autoridad sólo por su valor objetivo. Para que se les crea, no basta con que sean verdaderos; si no se armonizan con otras creencias, con otras opiniones, en una palabra, con el conjunto de representaciones colectivas, serán negados”.

Son estas creencias las que nos animan a actuar en un determinado sentido; las que nos vinculan a un objetivo con el que nos sentimos comprometidos. Son ellas, en definitiva, las que nos otorgan la necesaria seguridad y confianza para “disponer del futuro como si fuera el presente” (ARENDRT, 1998, p. 264).

El futuro en constante tensión

La vida social es como una orquesta, donde nadie anula a nadie. Para eso, la preocupación constante debe ser trabajar con el principio de lo contradictorio, que implica saber manejar diferentes opiniones y pensamientos, porque pueden ser complementarios más que conflictivos; más que destruir pueden deconstruir, y aquí es donde está lo nuevo, el futuro. En este sentido, la gran misión de las sociedades complejas sería gestionar los desacuerdos de manera ordenada, como quien deconstruye providencialmente para construir sabiamente.

De hecho, la posibilidad de construir el futuro, y su imprevisibilidad, es lo que más nos vincula a ese tiempo, generando una fuerte tensión entre lo que ya es y lo que todavía no (KOSELLECK, 1993). En medio de esta tensión es como hay que aprender a vivir.

La sociedad actual es una verdadera plaza pública, en donde se entrecruzan la pluralidad de ofertas, y en donde la heterogeneidad de actitudes, valores y comportamientos no solo es posible sino aconsejable. La cuestión es tener capacidad de anticipación y de previsión para poder tomar decisiones, para poder relacionarse con la contingencia (INNERARITY, 2011). Una contingencia que se revela todavía mayor en una época como la actual en la que los cambios se aceleran, modificando día a día las esferas de lo social, la política, la economía o la cultura, contribuyendo así a desestabilizar, una y otra vez, las estructuras sociales.

No obstante, cualquier sociedad que no supere esta incertidumbre que genera el cambio constante será una sociedad desarraigada, sin lazos con el pasado y sin perspectivas de futuro, que navegará sin rumbo fijo en una crisis constante. Ahora bien, superar la incertidumbre no significa atarse al mástil del pasado, con el mero propósito de repetirlo, sino que implica la voluntad de comenzar algo nuevo, aunque con la conciencia profunda de lo que ha sido. Sólo así se podrá afrontar el futuro con esperanza. “Cuando el pasado no ilumina el porvenir”, escribió Tocqueville, “el espíritu camina entre tinieblas” (TOCQUEVILLE, 1994, p. 278). Benditos, pues, los que han sido bendecidos por sus padres con confianza y esperanza, porque ellos también podrán bendecir a sus descendientes.

En suma, sólo será posible salir de la complejidad y de la reflexividad que caracterizan a nuestras sociedades con cierta confianza. Pero está sólo será posible si se apoya en determinadas creencias que la alimenten.

Los miedos actuales no proceden precisamente del exceso de confianza, sino más bien de su carencia. No son los miedos a no poder integrarse en las instituciones más o menos totales y confiadas, sino los derivados de la falta de confianza en las instituciones.

La conciencia subjetiva moderna, tal como mostró Elias (1993), se desarrolló por medio de la inmersión de los sujetos en los distintos universos institucionales, tales como los del trabajo, la educación o la familia, que otorgaban una determinada seguridad y confianza, no exenta de temores; temores que eran el signo del malestar de la cultura (FREUD, 1973), y que anticipaban el agotamiento del proyecto civilizatorio moderno. Agotamiento que se manifestó en la denuncia, inaugurada por toda una generación de jóvenes, la nacida en la década de 1950, que se reveló abiertamente contra sus padres, viendo en ellos el ejemplo de una sociedad represiva, y en sus promesas de liberación orientadas hacia un futuro de progreso la muestra de una ideología que escondía la represión. Todo lo cual fue interpretado, como se sabe, por los intelectuales más destacados, que contribuyeron a moldear el espíritu de toda una época (BOURDIEU; PASSERON, 2001; FOUCAULT, 1999).

Frente a aquella conciencia, la conciencia subjetiva actual es el resultado del deseo de liberación de un orden institucional considerado opresivo. Pero, paradójicamente, al tiempo que esa liberación parece haberse alcanzado, se ha revelado también como más insegura, al carecer de universos institucionales en los que anclarse para poder proyectarse hacia el futuro. En efecto, sin posibilidad de volver al pasado, y con las imágenes del progreso cada vez más borrosas, el descreimiento con respecto al futuro pronto si hizo cada vez más palpable. “No future” era el título de una de las canciones que la famosa banda de rock británica Sex Pistols lanzó en 1977, y cuya letra decía “no me digas lo que quieres; no me digas lo que necesitas, no hay futuro para ti”.

Se abría así una era en la que los miedos serían diferentes. No sólo los relacionados con la abrumadora estructura disciplinaria de las instituciones, sino aquellos derivados de la dificultad de integración. No los vinculados a la necesidad de procurar el necesario reconocimiento institucional, sin el cual se torna difícil construir una vida futura, sino los relacionados con la falta de este reconocimiento. Un reconocimiento que es necesario procurar cada día sin desánimo, y sin más garantías que la que cada uno pueda demostrar.

Si las perturbaciones psicológicas de la modernidad estuvieron relacionadas con la voluntad de asumir las estructuras institucionales disciplinarias para liberarse paulatinamente en el futuro, las de la posmodernidad tienen que ver sobre todo con la dificultad para asumirse como sujeto destinado a ser capaz, autónomo y autosuficiente, una vez han sido cortadas las amarras con los modelos culturales del pasado y con las orientaciones institucionales hacia el futuro, y uno se descubre incapaz de realizarse cuando este era su destino. El papel de la terapia no es otro, en este contexto, que el de buscar el reencuentro del sujeto consigo mismo; con su propio destino (EHRENBERG, 1998, p. 147). Para lo cual propone todo un programa de

interiorización, con el objetivo de hacer que cada individuo asuma su condición presente, una vez liberado del pasado y del futuro (ILLOUZ, 2010, p. 139). Ahora bien, apenas por un instante el sujeto parece recuperado de sus males, y comienza a elevarse triunfante, cuando se siente de nuevo desvalido y necesitado de ayuda.

REFERENCIAS

ADAM, B. Reflexive modernization temporalized. **Theory Culture Society**, v. 20, n. 2, p. 59-78, 2003.

ADAM, B. **Time**. Cambridge: Polity Press, 2004.

ADORNO, T.; HORKHEIMER, M. **Dialéctica do esclarecimento**: fragmentos filosóficos. Rio de Janeiro: Jorge Zahar, 1985.

ARENDT, H. **The Origins of Totalitarianism**. New York: Harcourt Brace & Company, 1973.

ARENDT, H. **La condición humana**. Barcelona. Paidós, 1998.

ARENDT, H. Labor, trabajo, acción. *In*: ARENDT, H. **De la historia a la acción**. Barcelona: Paidós, 1999. p. 89-107.

ARIÈS, P. **Sobre a História da Morte no Ocidente desde a Idade Média**. Lisboa: Teorema, 1988.

BAUMAN, Z. **Liquid Modernity**. Cambridge: Polity, 2000.

BAUMAN, Z. **El arte de la vida**. Barcelona: Paidós, 2009.

BAUMAN, Z. **Tiempos líquidos**. Vivir en una época de incertidumbre. Barcelona: Tusquets, 2010.

BAUMAN, Z.; TESTER, K. **Conversations with Zygmunt Bauman**. Cambridge: Polity Press, 2001.

BOURDIEU, P. **Meditações Pascalianas**. Oeiras: Celta Editora, 1998.

BOURDIEU, P.; PASSERON, J.-C. **La reproducción**. Elementos para una teoría del sistema de enseñanza. Madrid: Editorial Popular, 2001.

BURY, J. **La idea de progreso**. Madrid: Alianza Editorial, 2009.

DELORY-MOMBERGER, C. A pesquisa biográfica ou a construção compartilhada de um saber do singular. **Revista Brasileira de Pesquisa (Auto)Biográfica**, v. 1, n. 1, p. 133-147, 2016.

DELORY-MOMBERGER, Christine. **De la recherche biographique en éducation**. Fondements, méthodes, pratiques. Paris: Téraèdre, 2014.

DUQUE, E. É possível sair do presente? Uma teoria prospetiva. *In: ARAÚJO, E. et al. (eds.). Tempos sociais e o mundo contemporâneo*. As crises, as fases e as ruturas. Braga: Centro de Estudos de Comunicação e Sociedade/Centro de Investigação em Ciências Sociais, 2014. p. 154-169.

DURÁN VÁZQUEZ, J.; DUQUE, E. **Las transformaciones de la educación**. De la tradición a la modernidad hasta la incertidumbre actual. Madrid: Dykinson, 2019.

DURKHEIM, É. **Las formas elementales de la vida religiosa**. Madrid: Akal, 1992.

EHRENBERG, A. **La fatigue d'être soi**. París: Edile Jacob, 1998.

ELCHARDUS, M.; SMITS, W. The Persistence of the Standardized Life Cycle. **Time & Society**, v. 15, n. 2/3, p. 303-326, 2006.

ELIAS, N. **El proceso de civilización**. Madrid: FCE, 1993.

ELIAS, N. **Sobre el tiempo**. Madrid: FCE, 1989.

FOUCAULT, M. **Vigilar y castigar**. Barcelona: Círculo de Lectores, 1999.

FREUD, S. **El malestar en la cultura**. Madrid: Alianza Editorial, 1973.

GIDDENS, A. **Modernity and Self Identity**. Cambridge: Polity, 1991.

GONZÁLEZ-ANLEO SÁNCHEZ, J. M. **Consumidores consumidos**. Juventud y cultura consumista. Madrid: Khaf, 2014.

HAN, B.-C. **O aroma do tempo**. Um ensaio filosófico sobre a arte da demora. Lisboa: Relógio d'Água, 2016.

HUBERT, H. Estudio sumario sobre la representación del tiempo en la religión y la magia. *In: RAMOS TORRE, R. Tiempo y sociedad*. Madrid: CIS, 1992. p. 1-33.

ILLOUZ, E. **La salvación del alma moderna**. Terapia, emociones y la cultura de la autoayuda. Madrid: Katz, 2010.

INNERARITY, D. **O Futuro e os seus Inimigos**. Uma defesa da esperança política. Lisboa: Teorema, 2011.

JAEGER, W. **Paideia**. Madrid: FCE, 1996.

JANNER RAIMONDI, M. Empathie. *In: DELORY-MOMBERGER, C. (coord.). Vocabulaire des histoires de vie et de la recherche biographique*. Toulouse: Érès, 2019. p. 72-75.

- KOSELLECK, R. **Futuro pasado**. Barcelona: Paidós, 1993.
- LE GOFF, J.-P. **La démocratie post-totalitaire**. París: La Découverte, 2002.
- LUHMANN, N. **Introducción a la teoría de sistemas**. México: Anthropos, 1996.
- M'BIATONG, J. La recherche biographique en éducation pour l'éthique. *In*: DIZERBO, A.; M'BIATONG, J. (coord.). **Pour une éthique de l'accompagnement biographique**. Paris: Téraèdre, 2019. p. 129-152.
- MARCO AURELIO. **Meditaciones**. Madrid. Cátedra, 2004.
- NOWOTNY, H. **The modern and postmodern experience**. Cambridge: Polity Press, 1994.
- PLATÓN. **La república**. Madrid: Alianza Editorial, 2003.
- POMIAN, K. **L'ordre du temps**. París: Gallimard, 1984.
- RAMOS, R. Time's social metaphors. An empirical research. **Time & Society**, v. 16, n. 2/3, p. 157-187, 2007.
- REVAULT D'ALLONNES, M. **El poder de los comienzos**. Ensayo sobre la autoridad. Buenos Aires: Amorrortu, 2008.
- RICOTTA, L. **Valores do educador: uma ponte para a sociedade do futuro**. São Paulo: Ágora, 2006.
- ROSA, H. **Alienación y aceleración**. Hacia una teoría crítica de la temporalidad en la modernidad tardía. Madrid: Katz, 2016.
- ROSA, H. **Resonancia**. Una sociología de la relación con el mundo. Buenos Aires: Katz, 2019.
- ROUANET, S. Figuras do tempo. *In*: **Ciclo mutações: o futuro não é mais o que era**. Academia Brasileira de Letras: Rio de Janeiro, 2012.
- SENNET, R. **A cultura do novo capitalismo**. Lisboa: Relógio d'Água, 2007.
- SENNETT, R. **La corrosión del carácter**. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo. Barcelona: Anagrama, 2001.
- SOUZA, R.; CATANI, A. Educação escolar e educação social: uma interação a favor da cidadania. **Revista Trama Interdisciplinar**, São Paulo, v. 7, n. 3, p. 50-68, 2016.
- SUE, R. **Temps et ordre social**. París: PUF, 1995.
- THOMPSON, J. **A mídia e a modernidade: uma teoria social da mídia**. Rio de Janeiro: Vozes, 1998.
- TOCQUEVILLE, A. **La democracia en América**. Madrid: Alianza Editorial, 1994. v. 2.

URRY, J. Sociologia do tempo e do espaço. *In*: TURNER, B. S. (org.). **Teoria social**. Lisboa: Difel, 2002. p. 377-403.

VIRILIO, P. **El ciber mundo, la política de lo peor**: entrevista con Philippe Petit. Madrid: Ediciones Cátedra, 1997.

ZAMBRANO, M. **Persona y democracia**. La historia sacrificial. Madrid: Taurus, 1992.

Cómo referenciar este artículo

DUQUE, E.; DURÁN VÁZQUEZ, J. F. Las contradicciones de la temporalidad post-moderna, a la luz de la nueva pandemia del coronavirus. **Revista Ibero-Americana de Estudos em Educação**, Araraquara, v. 16, n. 3, p. 1713-1728, jul./sep. 2021. e-ISSN: 1982-5587. DOI: <https://doi.org/10.21723/riaee.v16i3.15417>

Enviado: 21/12/2020

Revisiones necesarias: 16/01/2021

Aprobado: 11/02/2021

Publicado: 01/07/2021